

18/2/59

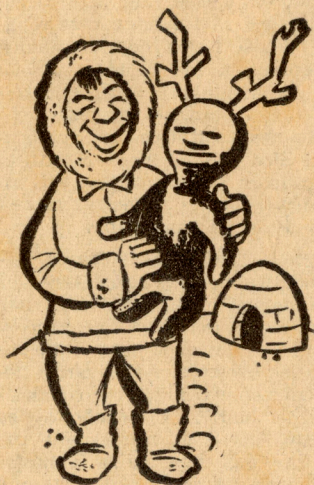
El Esquimal, Artista y Obrero

por Sebastián Salazar Bondy

Los que sorprendidos declaran que es extraordinario que un pueblo como el esquimal tenga un arte tan intenso y sincero cual es su escultura —la cual se expone en estos días en las galerías del Banco Continental—, parece que desconocen que es una profunda vocación humana aquella de expresarse a través de un lenguaje estético. Afán de manifestar, por medio de un lenguaje que emane directamente del espíritu, ciertas ideas e intuiciones superiores, la creación estética no es, pues, el patrimonio de los grupos desarrollados, de las comunidades completas, de las civilizaciones. Donde haya un hombre, aun desnudo y absorto ante las dificultades de un medio por dominar, ahí habrá un artista. Y ese artista, además, será la mejor, la más cabal realización de lo humano. El concepto del poeta, del pintor, del escultor, del músico como instancias de la cultura evolucionada, como adornos o excesos de la perfección instrumental, es fruto de un error de concepción burgués, es decir, racional y occidental. Tal vez son los pueblos primitivos —primitivos en el sentido de que no han perdido el prístino impulso mágico— los que con más audacia han asumido la aventura artística, la aventura espiritual.

El hombre de la aurora, el hombre de la naturaleza, el hombre cuya técnica es simplemente un medio, no establece mayor diferencia entre el individuo práctico y el individuo artista. Se trata de dos maneras de ser lo mismo: por una y otra, lo que se propone es señorear en sí propio y en su mundo. Y de esto los esquimales son una muestra viva y actual. El cazador y el pescador de las estepas nevadas del ártico, hasta hoy

desvinculado —y, por ende, en estado puro— de la civilización contemporánea, no esculpe porque esa labor tiene una determinada jerarquía en la escala de valores sociales. El cazador o el pescador también caza o



pesca puliendo la piedra en la forma de las piezas que cobra con sus armas en las horas de trabajo. Los bisontes de los creadores prehistóricos de Altamira, asimismo, se apoderaban del animal primero dibujándolo en la roca de la cueva ceremonial, y aquel que había pintado con tierra, sangre, carbón y grasa la víctima de su empresa vital, salía después, con toda la comunidad, a perseguir a la fiera. Entre aquellos antepasados y los contemporáneos esquimales hay una línea ininterrumpida de arte que hoy, con palabra a la moda, podemos llamar comprometido, "engagé".

La pulidas, buidas, finas y vibrantes formas escultóricas de los esquimales —que el gobierno

del Canadá preserva ahora y envía por el mundo como documento incontestable de la espiritualidad de un pueblo que sobrevive como una isla de primitivismo y naturalidad— admiran al hombre de la cultura occidental de dos modos: a ciertos espectadores —los menos preparados— les parece un milagro —o, tal vez, una paradoja— que una nación a la cual consideraban poco menos que torpe, sea capaz de poseer una riqueza estética semejante; a otros, en cambio, los conmueve la identidad que existe entre el arte y la vida de los que lo producen, lección patente de que en nuestra cultura ese divorcio es artificioso y constituye prueba de una crisis. ¡Cuánto daría un pintor o un escultor de París o Lima, para citar dos extremos, por lograr idéntica correspondencia entre sus obras y su circunstancia personal y social! En el artista de nuestro universo es distinto el motor de la creación (pese, por supuesto, a que mil veces intenta modificarlo), ya que se siente aislado del resto de la gente, de los hombres prácticos, equivalentes de los cazadores y los pescadores en la comunidad esquimal. Solitario, reducido a dirigirse a sólo unos cuantos, separado del hombre común, la imagen de un hombre común que es también artista lo enfrenta con su conflicto y con su angustia.

La exhibición del Banco Continental entraña un aleccionador mensaje estético, que es también moral. De ahí que haya que agradecer al gobierno canadiense esta oportunidad que nos da de referir la propia esencia a la esencia de ese conjunto de seres humanos en cuyas manos se unen la fuerza del trabajador y la delicadeza del poeta.